LOS DÍAS QUE PIENSO EN TI

Emmanuel Montes Álvarez

LOS DÍAS QUE PIENSO EN TI

Emmanuel Montes Álvarez

Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2023
©Emmanuel Montes Álvarez, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-68-7
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-17457-2023

Para mis padres, por todo
A la artista visual Olivia Torres Díaz
por su colaboración
para que este libro se publicara

MIÉRCOLES

Antes de que naciera, los padres de Olvido hicieron un pacto con el diablo. O bien pudo ser todo lo contrario: un pacto con Dios, porque, a decir verdad, con sus virtudes —muchas más que sus defectos—, ella no parecía un producto concebido por el mal. Parecía sacada de las entrañas aterciopeladas de una mujer que, en los días previos a dar a luz, solo se había alimentado con helados, jugos, *brownies* y Nutella. Olvido había sido la fusión perfecta entre el espermatozoide más inteligente de su padre y los deseos de una mujer que ansiaba convertirse en madre.

Todavía hoy, ahora, no dejo de pensar en lo anterior y reírme porque, en el fondo, me salió natural. Todo lo improvisé y lo más extraño no es

eso, sino que la psicóloga que me escuchaba, se lo creyó como si hubiese sido real, como si de verdad hubieses nacido de un pacto diabólico. Me preguntó en qué yo me basaba para decir eso y desde entonces, desde que mencioné tu nombre delante de ella por primera vez, no ha hecho más que preguntarme todo de ti y a modo de terapia ocupacional, curiosamente, me ha hecho trabajar en la idea de que, para sobreponerme a la crisis que me aquejó hace unos meses y por la que llegué a su consulta, lo que debo hacer es rodearme de recuerdos y personas que por lo menos me hayan hecho sonreír.

Después de decirle que desde hacía algunos años nos habíamos separados pero que, antes de eso, habíamos sido unidos —más de lo normal—, decidió que me centrara en esa etapa y me ordenó recuperar el vínculo contigo. Sí… recordar los momentos felices me ayudaría y, ciertamente, no hay que ser psicóloga para entender que, de lo mucho que hablo de ti, tú has sido parte esencial en mi felicidad.

Por eso me dijo: «Haremos lo siguiente, llamarás a Olvido y le pedirás que te dedique media hora para conversar, para recordar los buenos momentos», pero al decirle que sería imposible porque, desde que partiste, yo no he podido seguirte la pista,

me sugirió que, en vez de llamadas, te escribiera. A partir de hoy y durante una semana, debo recordar la mayor cantidad de minutos contigo y plasmarlos en este cuaderno. Escribirlo todo y aunque parezca no tener ningún sentido, en el fondo lo tendrá, puesto que tú serás el único sentido de lo escrito. Tú y los recuerdos.

Vaya paradoja, ¿no? Después de tanto anhelarlo, de renunciar a ello y de dejarlo a un lado, cuando ya no tenía ninguna expectativa con eso, debo recurrir a la escritura para salvar lo poco que me queda de «salud mental». «Lo mejor que tiene escupir hacia arriba es que la ley de gravedad hace el resto», fue lo que pensé al verme otra vez abocado a esta selva de las palabras. A la psicóloga también le pareció una contradicción que, pese a tu nombre, yo recordara casi cinematográficamente nuestras experiencias.

Una disyuntiva demasiado evidente, una antítesis causada por la casualidad: tu persona es parte fundamental de mi vida gracias a que la semántica implícita en tu nombre nunca se materializó.

Una contradicción: imposible olvidarte. Imposible olvidar tu nombre, tu esencia. Fueron muchos años en los que fuimos como una sola persona, Olvido mía, tú y yo. Por aquel entonces,

una separación —ya fuese por trabajo, parejas, estudios—, dejaba un vacío tremendo en el otro. Nos alejábamos unos días, quizá unas semanas, y por lo menos a mí me parecían años. *Cien años de soledad*, cien años lejos de Olvido.

Eso me trajo a la mente un *tuit* que leí una vez. Decía que los comerciantes de alpacas, para venderlas, debían hacerlo en parejas porque si pasaban demasiado tiempo sin otra de su especie, morían de soledad. Nunca verifiqué si era cierto o no, lo que me importaba sí lo era. La soledad, Olvido mía, suele matar poco a poco. Pero no una muerte cualquiera, sino la peor: la del espíritu, la que antecede a la de la carne. A pesar de estar preparado para asumir la soledad, es terrible detenerse por un segundo, quizá para celebrar algún logro, y mirar a un lado y no tener con quien compartirlos.

Por eso me conmovió la soledad de las alpacas —o lo que leí sobre ellas—, porque me recordó a mí sin ti y porque si uno no tiene a alguien para sopesar lo difícil o celebrar la dicha, ¿de qué sirve malgastar los días? Sí... aunque no lo parezca, la vida sí se escribe, el decursar de los días es el trazo con el que lo hacemos, y si ese trazo se nos hace menos enredado porque alguien nos ayuda con la

caligrafía del alma, pues deberíamos aprovecharlo, ¿no?

Desde que la psicóloga me lo aconsejó, no he dejado de pensar en ti. Y te preguntarás cómo llegué al punto de que me dijeran que lo mejor para mí era volver a escribir, ¿no? Pues hace unos meses, a media mañana me percaté de que algo estaba mal. O mal no, más bien que había algo fuera de lo normal, como cuando uno lleva meses sin visitar una casa y de repente, abre la puerta y se encuentra todo cambiado: el sofá en otro sitio, las butacas, los retratos viejos. Así mismo estaba yo. No con lo que me rodeaba. En ese aspecto, todo seguía igual: los gorriones, mi perra Mayonesa, mis libros. Lo que estaba fuera de lo normal era yo mismo. Algo dentro de mí me lo decía, como un piloto encendido del cual no me percataba.

Cuando me desperté, salí a la calle a lo mismo de siempre: a buscar algo de comer para la noche. Como de costumbre —por cierto, una muy mala—, salí sin desayunar. Solo fue cuestión de levantarme de la cama, vestirme con lo que me quedaba limpio y sin lavarme la cara debidamente, me puse mis espejuelos negros y abrí la puerta. Fui hacia la parada y entre el sol, las personas, la discusión con uno que intentó robarme la cartera en

el jaleo de subirme a la guagua y el hacinamiento dentro de aquel vehículo, dejé de ser persona de un momento a otro. Solo recuerdo que estaba parado en el pasillo y de repente, oí unos gritos en *fade-out*, como si se me alejaran. Y resulta que no se alejaban, sino que, por el estrés de la situación, más las agonías acumuladas, me desmayé. Sí… ahí… rodeado de un montón de desconocidos y para males mayores, alguna mano anónima se apoderó de mis espejuelos. No fue solo eso, no, para cuando llegué al hospital, acompañado por dos samaritanas que se quedaron conmigo todo lo que pudieron, me faltaba un zapato, la cartera con mis documentos y mi teléfono.

Obviamente, no recuerdo nada de esa tragedia, salvo algunos flashazos: las samaritanas preguntándome si podía moverme, alguien que grababa un video con su móvil —algo que se ha hecho costumbre, todos graban las calamidades ajenas; el morbo, Olvido mía, es un virus como otro cualquiera—, una camilla, un estornudo, un vergonzoso hilillo de saliva que colgaba de mi boca, una nube en el cielo, una doctora, la palabra *hipoglicemia*, un vasito de agua, un botón de mi camisa zafado, la sensación de pisar una piedra con mi pie descalzo.

Una hora después, cuando mis aguas mentales comenzaron a calmarse, le agradecí a las muchachas —a las cuales nunca les pregunté sus nombres—, les dije que podían irse, que no había problemas, y en la mirada les noté el deseo de preguntarme si alguien iría a cuidarme mientras estuviera allí. Sin que lo hicieran, les hice saber que no, que me las arreglaría solo, y cuando una de ellas me sonrió, comprendí que aún quedaba bondad en el mundo. Llevaba espejuelos, un turbante en su cabeza y quizá por el prognatismo de su mandíbula, la sonrisa me resultó exótica.

No todo se ha perdido, el mundo respira, Olvido mía.

Para no agobiarme más de lo que estaba, sin hablarme ni nada, la del turbante sacó de su bolso mi teléfono y mi billetera. ¡Síiiií, Olvido mía, síiiií! Previsora, me dijo que al caerle arriba —porque para colmo me desplomé sobre ella—, se había tomado el trabajo de guardar mis pertenencias para que no me las robaran. Tenía un familiar propenso a crisis vagales y ya le habían robado varios relojes, por eso me había salvado de calamidades mayores. Le agradecí doblemente, era una preocupación menos el hecho de mantener mis documentos en

mi poder, y la escuché decir que no se iría hasta que me dieran de alta.

Se me sentó al lado y poco a poco, me hizo la historia de su vida, de su familia. Estudiaba arquitectura o diseño, no recalé en ello. Tenía una hermana que estudiaba lo mismo y todas las noches, se sentaba con ella a explicarle los contenidos, a aclararle las dudas. Así como mismo no dejaba a su hermana sola cada vez que tenía un examen, tampoco me iba a dejar en ese hospital, me dijo. Ya los hospitales son demasiado tétricos para estar en ellos, como para hacerlo solo, además.

¿Qué la motivó a eso, así sin conocerme? No lo sé. No lo supe. Quizá la empatía, la experiencia familiar.

A las tres horas y después de que esa muchacha perdiera sus clases, una doctora dictaminó que sí, había sido una *hipoglicemia*. Me ordenó beber agua con azúcar y al tiempo, me dio de alta. En el fondo, no estuve de acuerdo con ese diagnóstico. Me dije a mí mismo «que debía haber algo más». O sea… nadie conoce su cuerpo mejor que uno mismo, ¿no? Pues yo sabía que la simple ausencia de desayuno no podía causarme semejante desmayo. Me despedí de la muchacha sin comentarle nada, por supuesto. Ella siguió su rumbo, me quedé unos

minutos observándola y no tuve más remedio que desearle todos los buenos augurios que se le pueden desear a alguien de buen corazón.

En los meses siguientes, busqué otras opiniones y no hace mucho, determinaron que mi desmayo podía ser a causa del estrés también. Me hicieron los estudios pertinentes y me citaron con una psicóloga, cuarenta y cinco minutos a la semana, preferentemente los miércoles, como hoy. Tras las dos primeras sesiones, comprendí que a las personas no les gusta hablar de depresiones, ansiedades, estrés, colapsos nerviosos, porque piensan que la salud mental no es un tema importante. Se ríen, lo evaden, incluso en ocasiones se burlan sin más. ¿Y cuál es el motivo para semejantes comportamientos? No sé… quizá temen descubrir que sus vidas no son tan perfectas como creen y a veces resulta más fácil ignorar los problemas que afrontarlos.

No sé si lo estén, pero creo que son maneras erradas de ver el mundo. Igual, considero que el mundo se ve según los ojos que lo miren. Todos los puntos de vista son válidos —mientras no se impongan a segundos y terceros—. Cada quien es la historia que cuenta, el camino que se labra, los anhelos que mantiene. En dependencia de cuán

imposibles sean esos anhelos, más dura será la caída, Olvido mía.

No es feliz quien más tenga, sino quien ya no desee nada en esta vida; porque sí… de cierta forma, los deseos incumplidos, a la larga, tienden a frustrar. Y la mayoría de las veces, la frustración llega por dos motivos, el primero: por el medio en el que uno vive —no se puede tener un Mercedes-Benz en el Himalaya, obvio—; y el segundo: por tener una personalidad distorsionada, por decirlo de alguna forma.

Esto último se debe, mayormente, a los padres, a la crianza. Cuando los padres no cesan de imponerles consideraciones a sus hijos, así tengan una capacidad limitada, ya están cebándoles la frustración, porque, Olvido mía, en la imposición está la semilla del fracaso. Las expectativas ajenas no deben asumirse como varas regidoras, nunca. Muchas veces los padres le hacen creer a los hijos que deben cumplir, les inoculan el deber a la fuerza, por tozudez, cuando en la práctica no les interesa, odian en silencio esas obligaciones y hasta demuestran inseguridad en lo que hacen. Esos son los que, a la larga, impostan un papel en busca de aprobación ajena; los que tienen una personalidad distorsionada. Son ellos los que fingen, los que

viven en una nube y siempre buscan sentirse bien haciendo sentir mal a los demás. La mayoría de las veces, Olvido mía, se ceba un posible dictador.

Por eso pienso que, esos personajes que la Historia nos ha legado —sí… en mayúscula—, en vida fueron unos niños demasiado repelentes. Una adecuada intervención de los padres cuando debían, podría haber causado que Stalin no hubiese sido el carnicero que fue, por citar uno de tantos. Cuando se percataron de que podían aprovechar su resentimiento y usarlo a su favor, pues se apoderaron —para mal de los demás— de países enteros y los socavaron hasta sus últimas consecuencias.

Porque sí, la vida está repleta de eso: padres que le imponen sus pasiones a los hijos, que sean pianistas, arquitectos, bailarines, y a la larga aflora lo contrario a esas aspiraciones. Querer y luchar por ello, está bien; que quieran por ti y consientan tus caprichos con una mano mientras que con la otra te obligan a luchar, te convierte en alguien inseguro, repulsivo, dependiente de la aprobación ajena.

Y una cosa es verdad en estos casos, que en un ámbito privado de cuatro o cinco personas lo toleren por costumbre, no quiere decir que el mundo también lo haga. Todo lo contrario, los

desconocidos no tendrán compasión, ni tolerarán, ni le darán importancia. No son el ombligo del mundo, son lobos de la casa y corderos de la calle. No, Olvido mía, la vida no es una película de Hollywood ni mucho menos un drama con aires adolescentes donde al final todo es de un falso color rosa, no. Sencillamente porque una película dura una hora y media y la vida es mucho más ancha y complicada, cuyo guion no está forzado a resolverse en un tiempo reducido.

¿Recuerdas aquel marinovio que tuviste, el flaco patético aquel que no hacía más que meter la pata cada cinco minutos? Pues lo mejor que hice, al no tener más remedio, fue alejarme después del cumpleaños tuyo donde quiso despuntar como gracioso y puso mi nombre indebidamente en su boca. Quise resolverlo a los golpes, lo confieso. Lo primero que me vino a la mente fue ponerme de pie y darle dos buenos puñetazos en la cara, dejarlo tirado en el suelo y luego aventarle el vaso del cual bebía, pero me contuve. No, ese no era yo. Sería incapaz de actuar así y mucho menos el día de un cumpleaños tuyo, delante de otras personas que no conocía y con las cuales había trabado dos o tres palabras si acaso.

Pensé que lo más adecuado era alejarme de él: si estaba en la sala irme a la cocina, si estaba en el patio irme a la sala. Incluso recuerdo que ayudé a fregar los platos y a recoger las sobras, pero todo no quedó ahí. Ya después de dos tragos, tu marinovio se volvió inmetible. Y no sé por qué extraña obsesión se me encarnó y cada vez que me veía, gritaba mi nombre con una voz impostada y patética. Sí... el adjetivo que mejor lo describía es ese: PA-TÉ-TI-CO.

Alguna amiga tuya se percató de mi incomodidad e intentó mediar, pero fue difícil. Y claro… tú no podías, obviamente, no podías estar en varios lugares a la vez ni atendiéndonos a todos al mismo tiempo. Tenías invitados, amistades que no veías hacía años, pero él estaba ahí… una sombra, una espina, una mancha que no se quita de una ropa blanca. Alguien detestable. Hasta que me digné a zanjarlo todo, porque ya era demasiado. ¿Recuerdas que me fui sin más, que me viste dejar en el fregadero el vaso del que bebía mi refresco y salir de la casa en silencio? Sí… me alejé sin mucho aspaviento, por mi propio bien, para no verme en la obligación de encararlo.

No estamos obligados a convivir con quien no queremos, con quien nos hace mal. Incluso así

nos ate un lazo afectivo, no hay obligación más allá de la moral. Pienso ahora en *Codine*, ese librito de Panait Istrati que me prestaste —tú, siempre tú, abriéndome las puertas del conocimiento—, y la relación de Codine con su madre, tóxica hasta el punto de la muerte; pienso en un poema que escribí una vez a una novia donde le dije pesada, así… sin metáforas ni nada, directo en toda la palabra: pesada, plomo; y por supuesto, pienso en ese marinovio tuyo. Estamos en todo nuestro derecho de sentirnos bien y no cohibirnos con una presencia que nos amargue, que nos critique delante de terceros, que nos recrimine, que quiera imponernos su visión, que nos minimice. No, Olvido mía, no se soporta a quien hace mal, a quien no encaja con nosotros.

Igual, confieso que no tuve nada que ver con aquel vaso roto en la cabeza de tu marinovio. Sé que pensaste que había sido yo quien se lo había lanzado, pero no. No lo hice. Este es mi momento de aclararte que todo fue sin premeditación por mi parte. Yo me alejé y el intentó caerme atrás, pero ya estaba demasiado borracho y chocó con el marco de la puerta del comedor, trastabilló y se dio en la cabeza con una punta de la mesa. El vaso, por supuesto, se rompió al caer al suelo. Sé que estuviste